

Lucía Eniu
Reinos de papel o Los viajes de Marc Lemonde

Prefacio

Sabemos que un libro para niños -uno bueno, uno de verdad, no uno que sirva de manual para educadores e ideólogos- está destinado ante todo al niño que hay en cada uno de nosotros. De lo contrario, nunca llegaría a su destinatario: la genial sensibilidad humana, la que se abre al mundo con el asombro de los primeros años de vida, es decir, de las primeras edades de la humanidad. Sin esta renovación, que es la vocación misma de los libros infantiles, la humanidad que hay en nosotros sucumbiría.

Este libro es una maravilla en sí mismo. No sólo cumple su vocación, ya que despierta en nosotros al niño lector, con toda sencillez, sino que lo hace en una sutil sincronía del autor, su personaje, Marc Lemonde, y el lector. Así, el escritor, que se revela al principio del libro y lo cierra al final -dejándose interpelar de vez en cuando a lo largo de la lectura-, crea su personaje dentro de su mundo de escritura, como un alter-ego, hasta el punto de confiarle, a este niño al que lleva al descubrimiento de los "reinos de papel", la tarea de ilustrar él mismo el libro que está leyendo, con sus propios dibujos...

Esto nos revela, ante todo, el doble talento del autor: el de escritor y el de artista gráfico. Pero estos dibujos infantiles también nos adentran en la intimidad de una creación fascinante, como lectores de segundo grado, ya que el lector implícito, de primer grado, de estas historias es el propio personaje, en la medida en que es a la vez el actor y el narrador: es a través de sus ojos como leemos sus historias.

Estos "reinos de papel" que nos presenta Lucía Eniu son lúdicos (*El Reino del Ajedrecista*, *El Reino del Errante*), divertidos (*El Reino del Árbol*, *El Reino de la Risa*, *El Reino de los Emoticonos*), poéticos (*El Reino de las Mariposas*, *El Reino del Ojo*), míticos (*El Reino de las Leyendas*), estéticos (*El Reino de los Espejos*, *El Reino de las Marionetas*) y falsamente moralistas: el término medio no es necesariamente la felicidad (*El Reino del Equilibrio*), la desgracia puede sonreír ("¡Os deseo buena tristeza y que la desolación os acompañe!"), y la utopía humanista no es, por desgracia, para hoy (*El Reino de la Tolerancia*).
Dana Shishmanian

Creé Marc Lemonde una noche de verano, cuando el paisaje que rodeaba mi casa parecía flotar bajo la luz blanquecina de una luna de papel. Una luna dibujada por un niño zurdo, distraído y sonriente. Lo imaginé enseguida y sus grandes ojos negros se abrieron sobre mí. Ojos brillantes de papel. Le ofrecí un pequeño bastón hechizante y, tomándolo entre mis manos temblorosas, lo deposité a las Puertas del Reino del Ajedrecista. Y le di una voz ligeramente aguda, pero suave y educada. Una voz de papel.

El Reino del Jugador de Ajedrez

- ¡Señor! ¡Eh! ¡Señor! ¡Hágase a un lado! ¡Un poco a la derecha! ¡Tres espacios! ¡Sí! ¡Eso es!

(Corre hacia mí o da saltitos como un niño mimado, llevando en brazos un caballito de juguete, casi tan grande como él).

- ¡Toma! (suspira, poniéndolo sobre el

piso, en el número de la caja blanca...)

- Y ahora, querido señor, a la izquierda, por favor. ¡Ah, qué bonito eres! ¿Has caído de la luna? Aún no te había visto entre mis jugadores (dice, mostrándome sus reyes, reinas y peones muy orgullosos en sus casillas blancas y negras).

- Digamos que he hecho escala en su Reino. Me llamo Marc Lemonde. Soy un viajero.

- ¿Un viajero? Encantado de conocerle, señor. I

soy el jugador de ajedrez.

- ¿Eso es... un trabajo?

- Soy... yo. Soy lo que soy. Es todo lo que sé. Y juego.

- ¿Noche y día?

- ¡¿Noche y día?! ¡Qué pregunta tan extraña!

¿Qué es la noche? ¿Qué es el día

?

(Me hubiera gustado responder, decir, al menos, "¡qué ignorancia!", pero el Jugador me cogió de la mano y me arrastró a otra casilla, negra esta vez).

- Descansemos un momento. Su Majestad la Reina llegará y debo presentar mis respetos.

- Pero... ¿seréis vosotros quienes la llevéis a su choza!

- ¡Claro que sí! ¡Ese es el juego! ¡Así es la vida!

(dijo, sacando un pequeño espejo de su bolsillo). Tengo buen aspecto, ¿verdad?

¡Sin duda Su Majestad la Reina admirará mi aspecto, mi atuendo! (suspiró, manteniendo la pose).

- ¡Hazme el favor de participar en la ceremonia! (dijo, volviéndose hacia mí, con los ojos brillantes).

- Me encantaría participar, pero por desgracia...

- ¿Quieres perderte la ceremonia real? Mala suerte. ¡La aventura está aquí, frente a nosotros! ¡La Reina podría ser secuestrada! ¡Puede necesitar nuestra ayuda! ¡Qué lástima! Pero... ya que nos deja, permítame, querido Sr. Viajero, hacerle una pequeña donación.

(Y mientras decía esto, sacó una pequeña nota de su bolsillo y, deslizándola en mi mano, se despidió gritando):

- ¡Les dejo con ello! Los oboes anunciarán

la llegada de la Reina. ¡Buen viaje, señor!

(Y me dejó en medio de una inmensidad de solitarias casillas blancas y negras.

A lo lejos, unos peones se aburrían mortalmente).

En cuanto a mí, antes de dejar este mundo

juguetón, he abierto el ticket:

"Toco, salto, luego existo. Porque lo importante es ir, caminar, aunque no siempre llegues donde quieres. Lo importante es jugar.

El reino del vagabundo

(Luces, pequeñas sombras, colores, un silencio perfecto, un decorado casi banal).

- Buenos días, señor. (Intento ser cortés, porque por lo que veo es el único habitante de este pequeño reino verde).

- Hola! (responde, con sus manitas extrañamente blancas apoyadas en un bastón azul. Fuma una bonita pipa roja y exclama riendo) :

- ¡Qué persona tan extraña!

(Miro a mi alrededor. Nadie... Él reanuda su risa).

- ¡Oh, qué gracioso eres con tu extraña ropa y tu mirada bonachona!

- Me llamo Marc Lemonde.

- El Vagabundo a su servicio. (responde con voz risueña, sacándose el sombrero. Y ahí está, ofreciéndome una amplia reverencia, al estilo Luis XIV).

- Encantado de conocerle, Sr. Vagabundo. ¿Vive solo? (Vuelve a reírse. Así es, vivo solo, un alegre vagabundo).

- ¿Solo? ¿Y mi sombrero? ¿Y mi sombrero? ¿Y mi bastón? ¿Y mi mirada holgazana? ¿No tengo buen aspecto?

(Y aquí está, posando con una mano en la cadera y mirando hacia abajo. También es un vagabundo muy orgulloso).

- ¿Y qué hace en la vida cotidiana, con su sombrero, su bastón y su aire de holgazán?

- ¡Ah! ¡Me estoy asfixiando! ¡Ayudadme! ¡Socorro! ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué hago? ¡Pero me estoy sofocando! ¡Es un trabajo muy noble! Me paso el día paseando, me río mucho, como en la calle, duermo en la calle, bailo en la calle, vivo en la calle, como todos los vagabundos.

- Y... ¿eres feliz?

- ¿Estás bromeando? Si soy feliz... ¿Pero por qué iba a estar triste? Esto es todo lo que quiero hacer en la vida. Es todo lo que me gusta hacer. Trabajo, ¿sabes? A mi manera. Y yo también tengo un sentido en este mundo. Intrigo, entristezco y animo. ¿Te parece poco? ¿Lo crees? Dímelo.

(Y, mientras mi respuesta permanecía obstinadamente en mi boca, cogió su sombrero y su bastón y, mientras me ofrecía otra reverencia, esta vez más amplia, más majestuosa, añadió, lleno de importancia):

- Mis disculpas, mi querido Marc Lemonde. Debo partir lo antes posible. Dentro de unas horas, en el otro extremo de mi reino (¡qué lejos está! ¡son tres o cuatro metros en total!) se celebrará la Conferencia de Pequeños Errantes Solitarios de la que soy Presidente (¡otra gran reverencia!) y debo preparar mi discurso sobre "La Mente Errante - Principios y Características".

(Y mientras dice esto, me ofrece -¡oh, Dios de la cortesía! - otra reverencia de magnificencia real y me deja silbando y saltando, un pequeño y gracioso vagabundo en un pequeño y solitario mundo, y yo quiero gritar, llorar y reír al mismo tiempo. Qué bueno es poder ser autosuficiente, ser feliz en la propia soledad, imaginar un sentido a la propia vida).

El reino de las mariposas

La pequeña luna de papel se había adornado con un velo de seda negra cuando Mark se disponía a cruzar el umbral de una nueva tierra. También las estrellas, cansadas de reventar sin tregua, se habían tomado un breve descanso tras una cortina de nubes.

Al principio Marc sintió una corriente de aire terrible. Se sentía como en un remolino. Un pequeño y solitario sonido rozó sus oídos: un frágil y tímido batir de alas. Luego otro. Y otro más. Y a medida que se adentraba en la oscuridad, los batir de alas se multiplicaban, los sonidos se hacían más refinados, más afinados, y de pronto nació la música: una música extraña, sideral, tranquilizadora.

Con la nariz en el aire, respirando un olor cuyo origen no podía adivinar, Marc sintió de pronto que lo derribaban en la hierba alta. Un dolor agudo paralizó su pequeño cuerpo. Se desmayó.

Cuando volvió en sí, el sol le saludaba con un guiño amistoso. Su cuerpo pesaba y apenas podía mantenerse en pie. Un silencio perfecto reinaba en este nuevo

mundo desconocido. Mark abrió los ojos. Frente a él, una estatua majestuosa se erguía blanca, fría, inmensa, deslumbrante a la brillante luz de la mañana. Era una mariposa de mármol cuyas alas, salpicadas de pequeñas mariposas en relieve, parecían flotar en el suave aire. Un grito agudo escapó del pequeño cuerpo de papel. El paisaje la dejó sin aliento. Una dulzura sin igual se extendía por el aire. Flores. Muchas flores. Un mundo florido, donde los colores suaves y refinados se mezclaban con los toques más atrevidos. Un azul exquisito en el corazón de los acianos se extendía ante el rosa arena de un ramo de peonías. Amapolas gigantes competían con crisantemos blancos, cuyos pétalos parecían un nudo de serpientes danzantes. Rosas con pequeñas flores amarillo dorado se aferraban a las rocas salpicadas de petunias cuyo terciopelo negro parecía irreal. Las campanillas de invierno se inclinaban indiscretamente hacia las delicadas nomeolvides y las lilas esparcían su hechizante perfume por el valle. Un poco más allá, había una colina vestida de violetas, y frente a ella, otra salpicada de margaritas.

Marc se inclinó hacia una malvarrosa para aspirar su aroma. De repente, una explosión de colores seguida de un torrente de pétalos consiguió destruir el silencio de este pequeño rincón edénico. Mariposas de todo tipo. De todos los colores. Ejércitos de mariposas. Mariposas enanas danzaban en el aire entre las mariposas gigantes. Un mundo de mariposas. Y en medio de ellas, frágil y asustado, Marc, con su corazón de papel latiendo muy deprisa.

"El Reino de las Mariposas", susurró sorprendido.

En ese momento, la tierra a su alrededor empezó a moverse. Los jardines y las colinas se convirtieron en un mar tempestuoso. Olas floridas flotaban en el aire *mariposeado* y le pareció que un gigante había tomado este reino en sus manos, agitándolo como una alfombra. O que feroces monstruos nadaban bajo esta tierra florida. La sinfonía del batir de las alas también sonaba como una canción maléfica.

- Eh, señor", gritó Mark, tambaleándose entre la hierba alta. Se hacía el gracioso con los brazos en alto. Oiga, señor -continuó-. ¡Ayudadme!

- Es el efecto mariposa", logré articular, temblando de risa. Porque mi hombre de papel parecía gracioso.

- ¿El efecto qué?", dijo, también sacudido por el temblor de la tierra.

- El efecto mariposa -dije-. Cuando intentabas acariciar la flor, las mariposas dormidas empezaban a batir sus alas nerviosas y era su movimiento incontrolable el que provocaba el temblor y todo lo demás.

- ¿Y yo qué? ¿Qué hago ahora?", dijo Mark con una voz tan aguda que mi risa volvió a estallar.

Y antes de que pudiera decir nada, mi hombrecito fue atrapado por un torbellino de alas que lo llevaron por los aires. Un grito agudo escapó del monstruo alado...

Tumbado en la hierba alta a la entrada del Reino de las Mariposas, Mark suspiró como un niño mimado. Un poco más allá, en el jardín perfecto, el silencio se había apoderado de las flores. Unas cuantas mariposas tranquilas e indiferentes jugaban al escondite. Y en medio de este paraíso florido, la estatua de mármol sonreía enigmáticamente.

El reino de los árboles

Era alto, de pelo verde y ojos brillantes. Lo encontré, sin embargo, muy sombrío y de mal humor. Era porque el día anterior había perdido unas cuantas hojas rebeldes, me dijo más tarde. Y ahora, sentado frente al tembloroso montón verde, les hablaba como un maestro profeta:

"Nuestra Majestad, el Gran Árbol, te informa de que, como resultado de tu incontrolable acción, has perdido tus *frondosos derechos*. Nunca más conocerás los esplendores de las alturas, salvo los temporales, si el señor Viento te hace el honor de llevarte, por unos instantes, en sus alas. ¡Malvado! ¡Ingrato! Has perdido el derecho a ganarte tu absenta diaria. ¿Tu destino a partir de ahora? ¡Oh, los pobres! ¡Nada más que vagancia, sequía, podredumbre, olvido! Nada más".

Y mientras decía esto, cerró los ojos y con un ruido ensordecedor se puso en pie en todo su esplendor imperial. ¡Oh, qué alto era! ¡Oh, el hermoso verde brillante de su tupida cabellera!

- Buenos días, Majestad", susurré,

conmovido. Porque, ante tal majestuosidad...

- Hola, mi pequeño conde", respondió rápidamente, con su aire majestuoso.

- ¿Conde?", exclamé, deslumbrado. No soy conde. Me llamo Marc Lemonde.

- Conde es el título que doy (¡qué generoso! pensé) a todos los que están de paso por mi verde imperio y vienen a saludarme. Pero -añadió- desde luego, desde luego pareces un conde de verdad. El conde Marc Lemonde. Y, madre mía, ¡qué bien suena!

Fijé en él mi mirada más intensa y cerré los ojos, durante unos instantes, para inscribir su imagen, lo más fiel posible, y poder, algún día, transponerla en el álbum de mis viajes.

- ¿La rayuela? ¿Escondite? ¿Saltar a la comba?

- ¡¿Qué?! Yo... quiero decir... ¿Perdón?

- Te preguntaba... si... bueno... ¿quieres... jugar... conmigo...?

- ¡¿Jugando?! ¿Te gusta... jugar? Pero usted... Su Majestad... tan serio... tan...

- ¡Me encanta! ¡Me encanta el juego! Y su corteza estaba adornada con una hermosa sonrisa de árbol. ¡Qué gracioso era! ¡Un gigante con corazón de niño! ¡Un niño escondido en una enorme corriente de verdor!

- ¡Juguemos, mi querido Conde! ¡Juguemos "a la felicidad de estar juntos"!

El Reino de las Leyendas

"Érase una vez, en un pasado inmemorial, un hombrecillo muy educado y sonriente que siempre llevaba en la mano un pequeño bastón hechizante y al que le encantaba viajar. Tenía los ojos negros..."

- Como yo", dijo nuestro Mark, bastante sorprendido de ver nacer un libro ante sus ojos.

Lo cerró, lo puso a sus pies y contempló maravillado el paisaje que tenía ante sí. Se sintió muy pequeño, una hormiga, un pequeño punto en el inmenso campo que se extendía a sus pies. Un campo de libros. Libros de todo tipo, esparcidos a su alrededor, libros de bebé, apenas escritos, libros en proceso de nacer (Marc descubría, deslumbrado, cómo las páginas se iban llenando de palabras e imágenes), libros viejos de tapas descoloridas, de hojas amarillentas, cuyas arrugas se entrecruzaban entre las líneas. Sentado entre ellos, Marc descubrió que, de todos esos miles de palabras, salían palabras que se alzaban al viento, que hablaban, gritaban, susurraban, según convenía. Lo contaban a su manera. Sus voces se mezclaban en el aire anticuado. Un sol sonreía sobre el campo de libros. Un hermoso sol de papel.

Envuelto en una nube de polvo dorado, el jinete se detuvo bruscamente, tirando de la cabeza de su inquieto caballito hacia el estribo. Se quitó su gran bonete azul. Marc vio el rostro sonriente de una muchacha con el pelo negro y encrespado. Su piel también era negra como el ébano. Le tendió una mano delicada.

- Mira", dijo simplemente.

- Marc", suspiró con voz tímida. ¡Qué guapa era!

- Creo que estás de paso", me dijo. Déjame adivinar: eres el nuevo secretario de Su Majestad el Escritor Supremo, ¿verdad? No te esperábamos hoy.

- Oh, no... Yo... no soy... una secretaria -tartamudeó, confuso-. Sólo estoy de paso. En otras palabras, sólo soy un viajero -dijo con voz ronca.

- ¡Un viajero! ¡Ah, bien! No me lo esperaba. ¿Es un trabajo? ¿A qué se dedica exactamente?

- Viajo, admiro, observo... Eso es todo.

- ¡Madre mía! ¡Pero debe ser muy interesante! ¡Viajar, admirar, observar! Nunca he viajado. Nunca he salido del Reino.

- ¿Qué Reino?

- Este. El Reino de los Libros. O, si lo prefiere, el Reino de los cuentos y las leyendas.

- Y... Su Majestad...

- ...El Escritor Supremo. Es mi padre. Siempre está ocupado. Demasiado ocupado, por desgracia -suspiró-. Escribe sin parar, de la mañana a la noche. Casi nunca le veo.

- Así que eres...

- Princesa Mira. Sí", dijo con voz monótona. Una princesa. Eso es. Eso no significa que me guste llevar bonitos vestidos de encaje y hacer reverencias e ir a todo tipo de fiestas aburridas. Ese es el trabajo de mi madre. Reina Libra. Ella es muy buena en eso, por cierto. En cuanto a mí, me gusta la libertad. El movimiento. Los cambios. Esta mañana, simplemente me propuse ofrecer recuerdos. Así que cogí una caja, puse algunos pies de foto y... ¡aquí estoy! ¿Quieres un poco?

- Gracias -tartamudeó Mark, sonrojado. Metió la mano en el pequeño cofre, sacó un libro y empezó a hojearlo.

- Oh, qué bonitos dibujos!", exclamó levantando su cabecita de papel.

Pero Mira había desaparecido. A lo lejos, en algún lugar de la vasta extensión de libros, Mark oyó el eco de su vocecita feliz:

"¡Leyendas para recordar! Leyendas para recordar".

Mark se sentó sobre un gran libro de piedra y empezó a leer.

La leyenda de las estaciones

"Me gusta la primavera vestida de rosa,

Me gusta el verano soleado,

Para mí, es un otoño un poco sombrío.

¿Y tú? Todo el invierno nevado".

Érase una vez, hace mucho tiempo, cuando el tiempo fluía sin medida, un hombre muy rico en algún lugar de esta tierra, que se llamaba An y tenía cuatro hijas. Su mujer había muerto hacía mucho tiempo y él solo se ocupaba de educarlas.

Aunque eran hermanas, las niñas se odiaban. Pero, al mismo tiempo, cada una quería mucho a su padre y deseaba ser su favorita. El viejo An, que como buen padre quería a las cuatro, era un hombre bueno y sabio que soñaba con una vida tranquila. Le hubiera gustado que se quisieran y que hicieran las paces. Pero fue en vano. Sus discordias nunca cesaron. El Verano, que amaba el gran sol y la llovizna, el verdor y los campos fértiles, odiaba al Otoño, una muchacha de cabellos color óxido, un poco taciturna y pendenciera, que prefería la lluvia con grandes nubes negras y el mal tiempo, la dulzura de los frutos y la hoja marchita. Al Invierno, que amaba la nieve y las tormentas de nieve, la escarcha y el granizo, no le gustaba su hermana, la bonita Primavera, una muchacha alta, flexible y alegre que amaba la hierba apenas crecida, las flores enjutas, el sol pálido y la lluvia.

El anciano siempre intentaba ofrecerles una reconciliación, diciéndoles que todos sus placeres eran útiles y bienvenidos, cada uno a su tiempo, pero que no habría nada más triste que un eterno gran sol o una incesante lluvia torrencial, o una eterna tormenta de nieve o una interminable gran helada. Pero las muchachas parecían hacer oídos sordos a estas palabras. Su discusión continuó de este modo, hasta que un buen día, cansado de todas sus malas palabras y quejas, el viejo las condenó así:

"¡Que nunca volváis a estar juntos! ¡Que os sigáis en un círculo eterno y os encontréis sólo por un momento, uno expulsando al otro, y así sucesivamente, ad infinitum! Y que yo mismo, eterno, os recuerde esta maldición una y otra vez. Y el viejo entregó su alma, refunfuñando terriblemente. Sus hijas empezaron a compadecerse de él, pero cuando estaban a punto de lavarlo, volvió en sí. Parecía más joven, su rostro firme, con un extraño brillo en los ojos y lleno de nuevas fuerzas.

Ante los ojos atónitos de sus hijas, dijo con voz rotunda:

"¡La maldición se ha cumplido! Moriré y renaceré, desde la juventud hasta la vejez. Y vosotras, despreciables hijas, vosotras que no supisteis escuchar la voz de un padre que os amaba, ¡someteros! ¡Primavera, quédate! Empezaré por vosotras, porque sois el renacimiento, la esperanza, el brote, la juventud y el optimismo. Tendrás que luchar un poco con tu hermana Invierno, que no cederá fácilmente, a pesar de todos mis esfuerzos de convicción.

¡Vosotros, los otros, desaparecéis! Reapareceréis más tarde, cada uno a su tiempo. Y recordad esto: cada uno es útil a la naturaleza, a la Tierra y a sus habitantes. Y aunque nunca consigáis amaros, la gente os amará a todos. ¡Que el círculo que está a punto de empezar a girar no se detenga nunca!

Y el círculo empezó a girar. Y el verano siguió a la primavera, el otoño al verano, el invierno al otoño, la primavera al invierno...

- ¡Qué hermosa es esta leyenda!

Marc, lleno de alegría.

Y mientras decía esto, empezó a leer la segunda leyenda:

La leyenda del girasol

*"¡Gira, gira, Girasol! El sol,
¡Qué maravilla! Sus rayos,
¡Qué regalos tan bonitos!
Me voy volando... ¡Qué gracioso!
¡Gira, Girasol!"*

Érase una vez una joven llamada Fleur. Sus padres le pusieron ese nombre porque, desde muy pequeña, cautivó a todo el mundo con su belleza sin igual. A

medida que pasaba el tiempo, se volvía cada vez más hermosa. Su aspecto no dejaba indiferente a nadie. Era hermosa, pero al mismo tiempo era sabia, elegante, alegre, sociable e inteligente. Muchas veces, mientras cruzaban el país, los transeúntes se detenían en su puerta, intentando vislumbrarla y escucharla. Fleur tenía una voz dulce y cristalina y cantaba como una diosa. En una palabra, era maravillosa. Pero -porque siempre hay un "pero" que perturba la vida tranquila y alegre de los humanos- un suceso y sus consecuencias convirtieron la felicidad de esta familia en desgracia. Una hermosa noche, Fleur soñó que un joven vestido con un manto de fuego se había acercado a ella y le susurraba suavemente:

"Serás mía para siempre, mi bella Flor. Luego, antes de desaparecer, le besó la frente.

Desde entonces, Fleur había cambiado, se había vuelto triste y melancólica. Pasaba los días sola, oculta a los ojos de los extraños, a veces mirando a alguien desde su ventana: le parecía que lejos, muy lejos, en lo alto, un joven la saludaba. Y sintió un ardor en la frente.

Mientras tanto, los casamenteros empezaron a desfilar ante la casa de Fleur. Había jóvenes de todas partes que querían conocerla, hablar con ella. Pero Fleur sólo podía ver al Sol. Sí, el joven de su sueño era el Sol, dijo soñadoramente, y su madre lloró de pena. ¿Se había vuelto loca Fleur? La niña, su dulce hija de antaño, estaba ahora sola, suspirando sin cesar. Lloraba sin motivo, sus ojos eran cada vez más sombríos y la melancolía se iba apoderando de ella. En vano las ancianas le hacían conjuros. Nada aliviaba su sufrimiento. Nadie supo nada más de su segundo sueño. Nadie supo nunca si el extraño joven había vuelto a aparecerse. Una mañana, al entrar en la habitación de Fleur, su madre se detuvo en seco: Fleur estaba tumbada en la cama, con aspecto de haber querido besar a alguien. Estaba muerta.

El sufrimiento de los padres no tenía límites. La gente tuvo grandes dificultades para convencerles de que abandonaran el cementerio. Iban allí día y noche y lloraban y suplicaban al cielo. Pero el cielo permaneció en silencio, como siempre.

Una mañana, descubrieron una pequeña planta en la tumba que apenas había crecido. Había crecido al azar. Unas semanas más tarde, floreció. Una pequeña flor amarilla. Un día la encontraron abierta. Grande y amarilla, como el pelo de Fleur, ¡y tan bonita! Todos se asombraron al ver que cuando salía el sol, la flor giraba su gran cabeza rubia hacia él. Cuando el sol desaparecía, giraba y giraba sin descanso. Al anochecer, bajaba la cabeza, triste. La gente decía que la flor era una señal de que Dios, conmovido por el sufrimiento de ambos padres, les enviaba una flor que les recordaba a Fleur. Y como amaba tanto el sol, porque siempre volvía la cara hacia él, le dieron el nombre de Girasol. Hacia el otoño, el girasol dio sus frutos: aparecieron cientos de semillas en su "barriga", semillas comestibles de las que se extraía un buen aceite, muy fino.

Entonces la gente pensó en el deseo de Fleur de ser útil. Estas semillas eran el fruto de su bondad y amor por sus semejantes. Desde entonces, el girasol ha sido amado y apreciado allí donde el clima le ha permitido crecer. Y su leyenda ha llegado hasta nosotros a través de los siglos.

Suspirando, con la mirada triste, Mark se preparó para leer la tercera leyenda. Era...

La leyenda de los sueños

Sueño... ¡qué felicidad! ¡Acojo tu regreso con las miles de voces de mis miles de existencias nocturnas!

Al principio del mundo la gente dormía profundamente, sin soñar. ¿Por qué lo hacían? Porque, sencillamente, los sueños aún no existían. El sueño era un hombre gordo, muy viejo, aburrido, caprichoso, sin imaginación.

En algún lugar de la Tierra, en aquellos lejanos días, había una alta montaña hermosa, majestuosa y misteriosa, cuyo resplandor azulado asombraba a los humanos. No, no era un espejismo. La montaña era de color azul claro, pero aquí y allá había manchas más oscuras. Nadie lo sabía, pero los ancianos decían que la montaña estaba cubierta de grandes flores que parecían copas pintadas en varios tonos de azul. Se decía que tenían un aroma muy fuerte y embriagador. Nadie se había atrevido a acercarse demasiado a ellas, sólo para mirarlas o coger una. Se transmitía de padres a hijos, el miedo y la predicción de que quien se atreviera a tocar o pisar una sola flor tendría un terrible final y que a todos los demás les ocurriría una terrible desgracia.

¿Qué tipo de desgracia? Nadie hablaba de ello. El miedo los mantenía a todos alejados de la montaña. Miedo y también un sentimiento de reverencia hacia ese dios que, ante sus ojos mortales, aparecía en forma de montaña salpicada de irreales flores azules.

Pero una noche -no se sabe cuándo ni cómo- un pastor de un país lejano se detuvo brevemente al pie de la montaña. Vio las flores y quedó extasiado. Sin conocer su misterio, no les tuvo miedo y se acercó cada vez más. El brillo de las flores rivalizaba con el de las estrellas. Brillaban mágicamente en la noche. Parecían copas llenas de luz azul y el pastor no pudo resistir la tentación de coger una.

Entonces se oyó un terrible rugido que parecía venir de las profundidades de la tierra y, muy fuerte, cada vez más fuerte, invadió el cielo y todo empezó a girar y, en este loco torbellino, el pastor cayó como alcanzado por un rayo.

Frente a sus puertas, los asustados hombres pudieron ver cómo la montaña empezaba a balancearse y, de repente, una explosión muy, muy fuerte les deslumbró...

Al amanecer, una sima extremadamente profunda había sustituido a la montaña y de sus entrañas surgían llamas azules. Por la noche se convertían en pájaros -grandes pájaros azules- y las personas eran transportadas en sus alas a tierras

desconocidas. No sabemos por qué se llamaban sueños. Nos ayudan, por la noche, a escapar del mundo real y a entrar en lugares secretos, donde cualquiera puede convertirse en rey o en esclavo, en dios o en mendigo. Cada noche, gracias a ellos, conocemos nuevos mundos, nuevas experiencias y podríamos decir, por qué no, que los sueños nos ofrecen nuevas existencias, desconocidas durante el día, pero tan reales, una vez que llega la noche. Cierra los ojos, mi pequeño, ciérralos lentamente... El pájaro azul vendrá...

- Oh", suspiró Mark. Yo también quiero dormir un poco. Me siento muy cansado. ¿Vendrá el pájaro azul?

El Reino de los Ojos

Un ojo. Eso es todo lo que vi, Sr. Escritor. Eso es todo lo que vi, Sr. Escritor. Un ojo inmenso, formado por miles de ojos diminutos. Al principio, uno se sentía incómodo en toda esta industria de miradas. Todos esos ojos negros, violetas, verdes, rojos, azul grisáceo que me miraban constantemente, era demasiado.

- ¿Congelado? ¿Congelado? le pregunté a mi hombrecito de papel.

- No, al contrario, respondió. Intermitente, lleno de calidez, más humano que humano incluso. Y sonriente. Y cantando.

- ¿Cantantes?

- Sí, así era. A mi alrededor había una sinfonía extraña, ¡pero tan reconfortante! Era la música de los ojos.

- Pero... los ojos... son para mirar,

para ver.

- Hablas de tus propios ojos, que utilizas para espiar, para descubrir. Por desgracia, sólo te permiten ver un universo limitado. Un universo limitado, cuadrado, ordenado. Banal. Mientras que esos otros ojos... no sé cómo explicártelo, pero me penetraron, me invadieron, me acariciaron el alma. Y esa música celestial que contagiaba tanta felicidad...

Incluso conseguí comunicarme con ellos, en cierto modo. Su música me inundaba, me transmitía su amistad. Una corriente de amistad que corría por mis venas. Me susurraban al oído: "¡Bienvenido, bienvenido! Si te gusta nuestro Reino, si te gustamos, ¡bienvenido! Quédate aquí. Pero, si quieres marcharte, que nuestra casa sea para ti un oasis de paz y descanso". Esta es una traducción lo más fiel posible de su música.

Cuando por fin decidí marcharme, se pusieron a llorar como niños perdidos y casi nado en un río de lágrimas. Les faltaban visitas, ¡pobrecitos!

Mi mayor placer fue haber podido llevar su extraña y seductora música en un ojito que, a la hora de partir, se deslizaba suavemente en mi mano.

Dejé el Reino de los Ojos Me arrepentí tanto Y un día prometí volver

Al Reino de la Risa

- ¡Ja, ja, ja! ¡Hola, hola, hola! ¡Jo, jo, jo! Yo... ¡ja, ja! Yo estaba... hi, hiii... Yo estaba solo en un vallecito y... hii... hi, hi... Cogí una florecita... ahí estaba... ho, hooo... y su olor... hi, hiii... Todos a mi alrededor... ja, jaa, ja, ja... nos reíamos... hi, hi, hiii... nos reíamos, ¡qué! ¡Ja, ja! Hi, hi, hiii....

Y Marc Lemonde siguió riendo y riendo, con los ojos llenos de lágrimas. Entonces supe, sin lugar a dudas, que había visitado el Reino de la Risa. Y en sus grandes ojos negros vi la Risa: miles de bocas sonrientes. Pero lo que no puedo transmitirles por escrito es su sonido, la música de esas mil risas llenas de matices y las ganas que daban de reír sin parar.

Y yo... ja, ja... yo hi, hi... empecé a reír también... hi, hi... en todos los matices... ja, ja, ja... en todos los matices posibles... hi, hiii... e imposibles y ho, ho, ho... al final... ja, ja... cuando casi me muero de la risa -¡qué cierta es esa expresión! - ¡Me sentí tan apaciguada, tan vaciada de toda tristeza, de toda amargura, de todo mal! El universo entero parecía una gigantesca máquina de reír. Uno tenía la impresión de que todo el mal del mundo había sido ahuyentado. Un aire de inexplicable felicidad reinaba por doquier en el ambiente. El cielo de papel también reía con todos sus dientes.

- ¡Ja, ja, ja! La vida es bella -gritó Marc-, ¡aunque sólo sea por esa gran carcajada que tanto bien nos hace! Hola, hola... ¡Qué gracioso soy, con esta risa tan buena que me inunda! Es la primera vez que me siento tan relajado, tan sereno, tan tranquilo, ¡tan feliz! ¡Ojalá hubiera, no sólo en este mundo de papel, sino en todos los mundos posibles, sesiones de risa, clases de risa, terapias de risa, tratados de risa, que la risa fuera obligatoria en las escuelas, que hubiera también una Iglesia de la Risa, una Ley de la Risa y que se castigara a los mezquinos, sosos, malhumorados, egoístas o distantes! Hiii... hiii...

- Pero... hola, hola... tú... ja, ja... estás llorando... jo, jo... ja... ja... estás llorando... bueno... hola, hola, hola...

- Yo... hola... yo... jo... lloro de risa... ja,

ha... hi, hiii...

Sobre nosotros, las estrellas también reían en miles de tonos. Y sobre la duna dormida del Reino de la Risa, nevó con sus lágrimas de risa. La sinfonía del llanto-risa invadió la noche.

El Reino de los Espejos

- ¿Miles de espejos?

- ¿Miles? Tal vez. Pero lo importante es que todo era tan bonito, tan impresionante, que casi me quedo allí para siempre. Había espejos en el suelo, una alfombra brillante...

- ¿Un lago de espejos?

- Ah, no, eso habría sido demasiado banal. Porque lo que le daba su aspecto fascinante y exquisito era un laberinto de espejos que volaban suavemente, giraban, bailaban el vals en el aire helado. ¿Cómo describirles mi asombro, todo lo que sentí mirándome, descubriéndome y devorándome en todas mis facetas, sintiendo que en mí había miles de Marcas, una más compleja que la otra? Me perdí y me encontré varias veces. Por unos instantes, me convertí en prisionero de mi imagen, pero lejos de convertirme en un ser narcisista, muerto de pasión por sí mismo, conseguí romper mi alma en pedazos, para poder ofrecérsela a todos aquellos que algún día necesitarán un poco de humanidad. Y Marc salió del laberinto con una sensación de triunfo y paz.

"Cada uno de nosotros tiene su propio laberinto resplandeciente, engañoso y agonizante", declamó, como un anciano sabio del principio del mundo.

Sonreí. Mi personaje de papel había conseguido escapar de mis pensamientos.

Tenía sus propios pensamientos, sus propias preguntas y dudas. Y su sabiduría.

El reino de la desolación

- ¡Eh, Sr. Escritor! ¡Despierta! Soy yo, Marc. Puedes verme, ¿verdad? Me lo imagino dando saltitos dentro de una gran bola donde nieva sin parar. A pesar de los copos de nieve, el paisaje está helado, grisáceo, somnoliento. En una palabra, desolado. Dis - so-lant. Y, sobre todo, ahí está el pobre Marc, saltando como un loco, agitando los brazos.

- ¡Eh! ¡Sr. Escritor! ¡Mírame! Te estarás preguntando cómo llegué aquí. No podría decírselo. Pero el aire es desolador. El paisaje también es singularmente triste. Y tengo ganas de llorar. - Pero claro que quieres llorar. Porque, por lo que veo, has caído en el Reino de la Desolación", grita una voz ronca detrás de él.

Mark se da la vuelta y ve a un anciano bajito, con ropa demasiado grande para su pequeño cuerpo y una barba que le llega hasta las rodillas. Tiene cara de pena, el pelo revuelto y los zapatos raídos... lo has adivinado, pena.

- Eric Desolant a tu disposición -dijo, con su voz ronca, extendiendo una mano triste hacia Mark-. Mis amigos me llaman Deso.

- Oh, sí, es un buen nombre para ti; va bien con tu tristeza.

- El hombrecito responde con voz cada vez más triste (parece que se alegra estando triste, que su felicidad rima con tristeza). Y una hermosa lágrima se escapa de su ojo derecho.

- Está usted muy triste, señor Deso -continuó Marc-. ¿Puedo preguntarle qué le ha ocurrido? ¿Una desgracia? ¿Un accidente? ¿La muerte de un ser querido?

- No, no, está bien. No pasa nada. Nos gusta la desgracia. Nos hace llorar y ¡es tan bueno llorar!

- ¿Pero nunca sonríes? ¿Una pequeña risa? ¿Una bromita? ¿Nunca?
- ¿Reír, sonreír? ¿Qué significan? ¿Qué es un chiste?

Marc parece angustiado. Tiene ganas de llorar, cosa que no se le escapa a Deso.

- Pues ahí lo tienes -dijo, más triste que nunca, dando palmaditas-. Ya está.

- ¿Cómo?", exclama Marc.

- Pero tu tristeza. Va muy bien con las líneas de tu cara. Es una tristeza de buena calidad. Mis amigos lo apreciarían, sin duda. Podrías, si te complace, mudarte con nosotros. Siempre hay un hogar apenado para los recién llegados.

- Muchas gracias, Sr. Déso, pero debo irme. Soy un viajero, así que viajo. Es mi trabajo.

- ¡Oh, bien! ¡Qué lástima!

- Pero... ¿los demás habitantes?

- ¡Ah, los otros! Están todos, con Su Majestad Nuestra Gentil Tristeza, en la iglesia. Es hora de rezar. Nuestro dios, Benedick Desolador, nos ofrece su bendición. Lloraremos, gritaremos, nos romperemos la ropa, nos tiraremos de los pelos. Será un día muy, muy bueno.

- Y lo expresas así...

- Nuestra gratitud a nuestro Señor de la Desolación, el que bendice nuestras lágrimas y penas. Es él quien nos ha regalado esta bendita tierra de desolación.

Las campanas del fin del mundo comenzaron a sonar en el aire desolado.

Deso se despide, tendiendo cortésmente su triste mano.

- Adiós, Sr. Marc. Le deseo mucha pena y que la desolación esté con usted, que le acompañe a todas partes y siempre.

Y corre hacia el otro extremo del Reino, donde las campanas siguen sonando en el aire.

- Eh, señor escritor!", grita Marc hacia las nubes de papel. ¿Me oyes? He caído en el océano de la desolación. Y quiero llorar.

Afortunadamente (¡qué bonita palabra!), tengo mi florecita y su olor... ¡hola, hola! ja, ja!...

El pobre Marcos empieza a reír hasta llorar, y la música de su risa alegre consigue tapar los tonos amargos de las campanas desoladas. Un pájaro blanco sale de su pequeña flor risueña y, tomándolo en sus alas, se lo lleva lejos de este reino gris.

- Hola, hola, hola!", continúa Marc muy serio, mientras, en la solitaria bola que tiene encima, nieva sin cesar...

El reino del equilibrio

Tumbado en la hierba alta entre las margaritas silvestres, Mark sintió la caricia de un velo en la cara. Abrió los ojos y tomó el velo entre sus manos. Un pequeño velo rojo que combinaba a la perfección con las pequeñas gotas azules del cielo que se deslizaban entre las margaritas blancas. Volvió a cerrar los ojos, un poco desconcertado, y reanudó su ensoñación. Una nueva caricia, un nuevo pequeño velo, esta vez amarillo. Marc se incorporó, volvió a abrir sus grandes ojos. Una gruesa cuerda, cuyos extremos no se veían, se extendía sobre el prado florido. Bailaba en el aire, bajo los pies de un acróbata. Sí, un acróbata que parecía muy ágil y simpático. Parecía haber nacido allí, sobre la cuerda. Sus movimientos eran tan precisos que conseguía mantener el equilibrio sin ningún problema. Incluso hacía pequeñas piruetas, levantando un pie en el aire y luego el otro, con la flexibilidad de un bailarín de ballet. Vio a Mark y, sentado en la cuerda como en un columpio, le saludó en voz baja:

- ¡Hola, hola, hombrecito!

- Buenos días, señor -dijo Mark, un poco molesto por el grosero saludo.

- Vamos, súbete a la cuerda. Salta un poco y dame tu bracito.

- Ja, ja, ja", dijo Mark, aún más molesto.

- Creo que un poco de equilibrio te vendría bien.

- ¿Un poco de equilibrio?

- Pero sí. Ya que estás de paso por la - ¿La Tierra del Equilibrio, dices? ¿Y usted es el propietario?

- Oh, no, soy una especie de subjefe. El líder supremo es nuestra Alteza Equilibra.

- ¿Una mujer?
- Pero sí, una mujer de verdad, bien equilibrada, en la que la dulzura y la dureza van de la mano. Es buena con los buenos y mala con los malos. Siempre sabe mantener el equilibrio, incluso en las situaciones más difíciles.
- ¿Y usted? ¿Nunca te aburres, siempre estás así, en perfecto equilibrio?
- Ah, no -dijo el acróbata-. Después de todo, para eso estoy aquí.

Oh, pobrecita!" suspiró Mark, mientras se alejaba. Ésta nunca conocerá la dulzura de los días imperfectos, pero tranquilizadores. Sería muy inconveniente y aburrido vivir en un mundo todo perfecto y equilibrado, suspendido sobre las felicidades simples y pasajeras, como esas margaritas silvestres que estaba admirando hace un momento.

El reino de los emoticonos

El Reino que Mark descubrió tenía la forma de una gigantesca esfera transparente, a través de la cual vio una caótica red de hilos de todos los colores y tamaños, entre los que flotaban pequeñas esferas de todos los colores y tamaños. Una extraña música sideral conseguía atravesar todos los obstáculos y propagarse fuera de la esfera gigante. En las pequeñas esferas, Marc vio extraños seres, también de forma esférica: una gran cabeza redonda, grandes ojos y una gran boca. Dos manos y dos pies diminutos unidos a la cabeza completaban el extraño cuadro. En una de las esferas, un joven agitaba sus pequeñas manos en el aire. Marc se dio cuenta de que le estaba saludando.

- oyó, de repente. Miró a su alrededor. No había nadie. Pero en una de las pequeñas esferas el joven seguía moviendo sus bracitos.
- ¡Eh! ¡Allí, allí, querido señor! ¿Puede oírme? ¡Señor, señor, señor!

Mark acercó la cara a la gran esfera y sonrió.

- Aquí estamos", dijo el joven sonriendo. ¡Hola ! Tú eres...
- Marc Lemonde.
- ¡Qué bonito nombre! Lemonde. Me gusta.
- Me llamo Émo Canu
- Lo siento, pero no sé qué país es, si es que es un país.

- Es más que un país. Eso sería trillado, muy trillado. Es... el Reino de los emoticonos.

- ¿Qué? -tartamudeó Marc, estupefacto.

- Emoticonos, eso somos nosotros, mis compatriotas y yo.

- Y... ¿ustedes son todos así...? Quiero decir... ¿se parecen a ti...?

Èmo se echó a reír.

- ¡Ja, ja, ja! ¡Qué pregunta tan extraña! Claro que lo es. Todos estamos contruidos sobre el mismo molde. Nuestro Reino, que es muy próspero, forma parte del Planeta de los Internautas, situado en la Galaxia Ordo. Soy bastante conocido en el mundo de los negocios virtuales, gracias a mi aguda mente, pero también a mi encanto. Mark le miró, asombrado. Aquel hombre pequeño y esférico era realmente muy modesto.

- Ya te habrás fijado en mis ojos de hurón, mis modales benévolos y bromistas y mi sonrisa encantadora.

- ¿Y vives solo?", le cortó.

- Pero claro. Ya no tengo padres, pero tengo muchos amigos, entre los cuales el mejor es nuestro presidente Èmocone. Es un personaje simpático en nuestro paisaje, un coloso de la política virtual, al que le gusta rodearse de gente liberal, profesional, un poco loca, en el buen sentido de la palabra, un poco rebelde, pero seria y leal, como yo.

- ¡Oh, el colmo de la modestia!

- ¿Perdón?", dijo Èmo Canu.

- Yo... creo que debes estar muy feliz de tener amigos así.

- Sí, claro, sobre todo porque siempre está encantado de tenerme en su Moon Palace, la residencia presidencial. Porque, aunque tengo una fortuna colosal, no me gusta quedarme sola en casa. Me invita muy a menudo al Palacio, donde paso mucho tiempo, a veces me quedo meses. A cambio, le hago todo tipo de regalos muy caros. Y a nuestro presidente le gustan los regalos. Cuando los recibe, se alegra como un niño. Es un hombre juguetón, le gusta todo lo que tiene que ver con el espíritu. Y me quiere mucho y me apoya en todo lo que hago.

Le daré un ejemplo. Era la tarde del miércoles 10 de septiembre de 2335.

Llegué a Palacio un poco más tarde de lo previsto, debido a un malestar. El Presidente me encontró más extraño de lo habitual. Tenía los ojos enrojecidos, parecía muy ausente y un poco nervioso.

- ¿Qué pasa, mi querido amigo?

- A veces...

Antes de que pudiera terminar la frase, me sacudió una especie de corriente. Unos brazos invisibles parecían agarrarme, elevándome de repente por los aires y dejándome caer de nuevo al suelo, donde mi cuerpo se agitaba, se curvaba y se debatía, emitiendo extraños sonidos como un autómata envejecido y oxidado.

- *Oh, Dios mío!", exclamó el presidente. Oh, Dios mío!", continuó. Llamó a sus guardias y les ordenó que trajeran al doctor Carles. Llegó, se maravilló, me examinó, me palpó, me observó y, en tono serio y apocalíptico, dijo estas pocas palabras:*

- *¡Dios mío!*

- *¿Es grave, doctor?", dijo el presidente, implorando también a esta anciana deidad que se había perdido a lo largo de los siglos.*

- *¿Es grave?", suspiró el médico. Nunca he visto nada igual. Este podría ser el virus más rebelde de toda la Galaxia Ordo. ¿Quién sabe? Se ha hablado de él durante los últimos siglos, pero se creía que era un mero mito, un pobre avatar de lo que se llamó hace más de mil años la temida gripe española. Dios mío!", volvió a decir. Negros nubarrones anuncian ya, tal vez, un posible terrible final.*

- *¿Y qué cree que debería hacerse?*

- *Tienes que ir a buscar el famoso Antivirus Hacker*

- *¿Este extraño hacker que se cree un superhéroe? Pero si supera todo lo que había imaginado!", dijo el Presidente, bastante deslumbrado.*

- *Permítame decirle que esta vez se equivoca, querido Sr. Presidente. Puede que no sea la persona más honrada de este pobre planeta, pero es el único que puede salvarnos. Y dio una palmada.*

- *Buenos días, señor Presidente", se oyó en la gran sala presidencial. Y Antivirus Hacker apareció en todo su esplendor, literalmente. Iba vestido de pies a cabeza con oro de la mejor calidad.*

- *dijo el presidente, en lugar de responderle.*

Y Antivirus Hacker, sin esperar ya invitación, empezó a examinarme. Hizo una pausa, sacudió la cabeza y reanudó su examen. Al cabo de una hora, tras varias veces en las que el presidente y el Dr. Carles habían suspirado, a su vez, frotándose las manos y cruzándose de un lado a otro, Antivirus Hacker levantó la cabeza, se quitó las gafas 3D y suspiró, a su vez, declarando:

- *No es un virus mortal. Es un pobre virus de la familia ADWARE. Y el remedio es muy sencillo: El señor aquí presente, Emo Canu, debería renunciar a telescopiar durante un largo periodo de tiempo y...*

- *preguntaron al unísono el presidente y el médico. Yo me quedé mudo, sin decir nada.*

- *¡Que me llamen por teléfono! ¿Qué quieres decir? ¿No conoces el término?", dijo Antivirus, sorprendido. Es un término antiguo, es cierto. Ya se habla de sustituirlo. Los Academôticones han propuesto, por ejemplo, 'infodrogado', pero creo que telesnober resistirá, de todos modos. Es más bonito. Usted es, por así decirlo, querido señor Canu", me dice, "un telesnober".*

Y mientras decía esto, cogió mi teléfono superinteligente y se lo metió en el bolsillo.

- *Este va a estar encerrado mucho tiempo", dijo, en tono autoritario.*

- No", suspiré, realmente marcada por esta medida radical.
- Sí, sí -dijo el médico-. Y vas a tomar una medicina bastante bárbara, es cierto, una pequeña infusión de aire fresco, verdor, canto de los pájaros, en definitiva, vida al aire libre. Tenemos programas de naturaleza virtual muy bien diseñados.
- Dios mío!" suspiraron al unísono el presidente y el Dr. Carles. Pero eso es prehistoria, mi querido Hacker", añadió este último.
- Dios mío", suspiré a mi vez.
- Lo sé, lo sé -suspiró solidario Antivirus-. Pero tenemos que tomar medidas radicales. Porque, para esta enfermedad, no existe, hasta ahora, ninguna otra medicina. Y entonces, quién sabe -continuó-, un buen día, tal vez, volvamos a la prehistoria. ¿Quién sabe lo que ocurrirá en el futuro?

Y todos, al mismo tiempo, levantamos nuestros ojos redondos hacia el Gran Alto Virtual, admirando, más allá del cielo artificial, el juego de los planetas y sonriendo con nuestros emoticonos amistosos. Allí, dijo Êmo Canu.

- Qué anécdota más graciosa", dijo Marc, divertido.
- ¿Verdad?", dijo Êmo Canu, con toda seriedad. Y abrió, con la ayuda de un diminuto mando a distancia superinteligente, varias ventanas virtuales que invadieron su pequeña esfera, llenándola de paisajes bucólicos y canciones

de aves.

Mark se despidió de él para admirar las otras pequeñas esferas que salpicaban el Reino Emoticono.

- Qué reino tan extraño", suspiró.

El reino de las marionetas

Marc oyó la canción en cuanto entró por las puertas de este extraño reino. Frente a la entrada había, uno a la izquierda y otro a la derecha, dos marionetas gigantes cuyos hilos se perdían entre las nubes. Alguien las manejaba con gran habilidad, pues los dos gigantes bailaban, se balanceaban, se agitaban y saltaban.

*Venid, niños, jóvenes y mayores,
En el baile de marionetas, baila en círculos,
Salta, canta,
Con sus caras coquetas.*

La canción fluía suavemente desde el cielo, adornada con nubecillas en forma de flores, flotando en el aire y esparciéndose entre los miles de... marionetas que Marc miraba con la boca abierta. Había todo tipo de marionetas: marionetas de hilo, marionetas de varilla, marionetas de guante, marionetas de agua, marottes, marionetas, vestidas con ropas fabulosas, de colores brillantes.

- ¡Ah, querido señor! Pase, pase", oyó en el aire. Era una voz pequeña, aguda como la suya.

Las marionetas hacían su trabajo, ajenas a su presencia. Había marionetas que saltaban a la comba, jugaban a la rayuela, hacían círculos, imitaban a autómatas, jugaban al escondite detrás de grandes paneles con diseños exóticos. Los había que se sentaban en enormes medias lunas, que hacían rodar grandes círculos de colores neón, que se vestían de soldados, que tocaban la trompeta y el tambor y marchaban al ritmo, que...

- ¡Señor! Señor", volvió a oír Mark. Miró a su alrededor. Las marionetas seguían haciendo su trabajo. Algo se posó en el pelo de Mark. Sacudió la cabeza. Era una pequeña pluma azul. Más plumitas azules empezaron a bailar el vals en el aire. Mark levantó la vista. En una de las ramas de un árbol que flotaba en el aire, una pequeña marioneta vestida de blanco le sonreía. A Mark le pareció que, en cierto modo, se parecía a él.

- ¡Señor! Señor!", gritó la marioneta por tercera vez.

- Hola", dice Mark, emocionado. Me llamo

Marc.

- Y yo me llamo Marcine", sonrió la marioneta con coquetería.

*Ven, ven, Señor; Baila con nosotros, Gira, gira en círculos, ¡Balancéate!
Camina, camina en cadencia, ¡Entra al baile!*

Y de repente, al son de la música, Marc se vio arrastrado a una loca, loca farandula. Dos niñas-marioneta le flanqueaban, sonrientes, una rubia a la

izquierda, la otra morena a la derecha. Y por encima de toda esta locura de baile, Marcine se lo estaba pasando fatal, agitando sus manitas en su árbol volador. Marc, que al principio había forcejeado, intentando con todas sus fuerzas escapar de esta actividad que los títeres parecían encontrar muy divertida, empezó a gritar de placer y a reír con todos sus dientes de papel. Cuando, por fin, las marionetas ralentizaron sus movimientos y el baile terminó, Marc exclamó asombrado:

- ¡Dios mío, qué placer sentí!

- Es un sentimiento de liberación el que has experimentado, mi querido Marc -le dijo Marcine con alegría-. Porque las marionetas sabemos lo que significa la libertad, lo preciosa que es. Ser libre, poder moverse como a uno le plazca, sin ser manipulado por nadie, pensar libremente, expresar las propias ideas, satisfacer los propios deseos, todo eso es magia. La magia también puede encontrarse en todo esto.

Mark suspiró. Con demasiada frecuencia quería hacer las cosas a su manera, pero tenía que enfrentarse al hecho de que no era más que un hombrecillo de papel.

El reino de la tolerancia

Al llegar a una tierra neutral, al norte del Reino de la Desolación, Mark se detiene un momento para recuperar el aliento. La tierra de *nadie* a sus pies es un prado cubierto de hierba alta. Marc se tumba unos instantes. La hierba huele bien y el cielo, aunque sea de papel, es una maravilla azul.

Pero ya era hora de partir. Así que Marcos coge su bastón hechicero, golpea tres veces en la hierba alta e inmediatamente se encuentra frente a una gran puerta en cuyo frontón lee, todo asombrado:

El Reino de la Tolerancia Proyecto intergaláctico

Duración del trabajo: Indefinida

Beneficiarios: Todo lo que respira en el Universo

Mark empuja la puerta y, cruzando el umbral, exclama:

- ¡Oh, Dios de la tolerancia!

Máquinas de todo tipo se mueven en todas direcciones. Ruidos, ruidos por todas partes. SORTIENDO. Y mucho movimiento. Un ir y venir de gente y chatarra. Una enorme obra en construcción. Aquí y allá, carteles que indican la ubicación de una institución (la "Escuela Arco Iris" figura en un gran cartel epónimo y Marc piensa que puede tratarse de una escuela para personas de todas las razas).

- Disculpe, señor", dice Marc a un transeúnte que lleva un gran cartel en brazos.
- El señor quiere...", responde, deshaciéndose del cartel que cae en la hierba llena de bonitas flores primaverales.
- Me gustaría saber qué ocurre en estos

tierra. Sólo estoy de paso y...

- Es un honor su visita, señor -responde cortésmente el transeúnte-. Desanges, a su servicio. Trabajo en este barrio que se llamará Misericordium.
- ¿Es... una obra en construcción?
- Pero sí, el Reino de la Tolerancia es un proyecto de toda la galaxia. Dura, durará...
- Pero veo edificios, jardines, edificios altos, torres. Todo parece listo para acoger a la gente.
- Sí, por supuesto, a este nivel hemos conseguido resolverlo todo. La Iglesia Intergaláctica también está dispuesta a acoger a sus miembros de todos los credos. Sin embargo, hay un pequeño problema. Un problema muy pequeño que está resultando ser un verdadero rompecabezas chino para nuestro Arquitecto Supremo.
- ¿Cuál?", pregunta Marc, sin entusiasmo.
- Humanos", respondió el trabajador, apesadumbrado. Esta raza intergaláctica, muy simpática por cierto, que vive en una pequeña joya planetaria, aún no ha firmado el Tratado de Adhesión al Reino de la Tolerancia.
- Y esta firma, ¿es tan importante, a tu nivel? pregunta Marc, asombrado.

Básicamente, es un planeta muy pequeño...

- Pero sí, es muy importante. Para

Para nosotros, para nuestro Arquitecto Supremo, el Uno está en Todo y Todo está en el Uno. Nada puede hacerse a menos que los humanos acepten los términos del Acuerdo.

- ¿Y cuándo espera que se firme este Tratado?
- No quiero ser pesimista, pero viví poco tiempo en la Tierra y puedo decirte que los hombres... bueno, es difícil... Nunca se sabe con ellos. Son simpáticos, en general. ¡Pero qué raros son! E intolerantes. Y malos, a veces, muy malos. Se creen el centro del universo.

Mark suspiró. Amaba a los humanos, pero tenía que enfrentarse a los hechos. A veces, la buena gente de la Tierra podía convertirse en auténticos monstruos.

- *Homo homini lupus*, le susurré desde mi mundo terrenal.
- ¿Qué quieres decir? -dijo Marc, sorprendido por mi intrusión.

- Esto significa que las personas son verdaderas bestias salvajes para los suyos. Malas, inhumanas.

- A veces -dijo Mark, conciliador-.

- Muchas veces -dije, molesto (¡qué ingenuo era ese hombrecillo de papel!

- Bueno -dijo Mark-, yo soy un poco más optimista que tú. Y creo que si algo le ocurriera a su planeta, los humanos se mantendrían unidos.

Y al decir esto, saltó a mi mano izquierda (es la mano que lo creó, pues soy zurdo).

- Ya no tengo ganas de viajar -suspiró-. Estoy cansado. ¿Puedo echarme una siesta? Podemos reanudar los viajes un poco más tarde. ¿Quién sabe a qué mundos increíbles me enviará, señor escritor? Mundos de papel. Como yo", suspiró. Y mi hombrecito se durmió en mis brazos.

Se acercaba el amanecer. Una brizna de rosa empezaba a crecer tímidamente en el horizonte. Las vetas negras de la noche se retiraban. Desde hacía algún tiempo, las estrellas también se habían retirado, somnolientas. Un nuevo día estaba a punto de nacer, inscrito en el libro de lo eterno, y su canto sobre el valle solitario consiguió despertar a mi pequeño hombre de papel. Y, mirando hacia el espectacular amanecer del cielo de papel, me susurró al oído:

- ¿Por qué son tan tristes las separaciones?

- Para que los recuerdos sean más dulces, los encuentros más alegres, la vida más complicada y más bella, respondí, cerrando mi librito.

Índice

A MODO DE PREFACIO	3
EL REINO DEL AJEDRECISTA	6
EL REINO DEL ERRANTE	10
EL REINO DE LAS MARIPOSAS	14
EL REINO DE LOS ÁRBOLES	19
EL REINO DE LAS LEYENDAS	22
<i>La leyenda de las estaciones</i>	23
<i>La leyenda del girasol</i>	28
<i>La leyenda de los sueños</i>	32
EL REINO DE LOS OJOS	36
EL REINO DE LA RISA	39
EL REINO DE LOS ESPEJOS	42
EL REINO DE LA DESOLACIÓN	44
EL REINO DEL EQUILIBRIO	49
EL REINO DE LOS EMOTICONOS	52
EL REINO DE LAS MARIONETAS	62
EL REINO DE LA TOLERANCIA	67
ÍNDICE	75

Lucia Eniu es una poeta y escritora francófona que vive y trabaja en Rumanía. Es profesora de francés-italiano y doctora en literatura, con una tesis sobre la obra de Michel Tournier, de la que se han publicado extractos en revistas extranjeras.

Escribe en rumano y francés; varias de sus obras en prosa y algunos poemas han sido publicados en la revista en línea Francopolis (2020-2022). Con el relato *Le goût du jeu* ganó, en 2016, el 1^{er} premio del concurso de relatos "Plumes des Monts d'Or", sección de francés como lengua extranjera.